

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA CHISPA

POR

N.º 18

CHARLES RAY

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona*

Año I

Núm. 18

La chispa

*Comedia cinematográfica, interpretada por el simpático
artista*

CHARLES RAY

Paramount Pictures Corporation

*Exclusiva de
SELECCINE, S. A.
Programa Rialto*



LA CHISPA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Nos encontramos en las privilegiadas comarcas de Alabama, donde se dan con la misma exuberancia las encinas y los mosquitos...

Bill Henry, que ha trocado el arado por la electricidad, se ha lanzado sobre las dos ruedas de un venerable velocípedo a la conquista del vellocino de oro, con más esperanzas que experiencia y más buena voluntad que dinero en el bolsillo...

Bill ha conseguido dos cosas: una representación de la famosa "Máquina Vibratoria Eléctrica", insustituible para los reumáticos, y... el apodo "La Chispa", no porque sea aficionado a la bebida, sino por lo mucho que tienen que ver las chispas eléctricas en sus negocios.

Llevaba ya diez días tragando polvo y no había conseguido vender una sola maquinilla. En cuanto a situación económica, sus bolsillos arrojaban un saldo a favor de trece dólares con sesenta y cinco centavos.

No había granja a su paso que él hubiera

dejado de visitar para ofrecer su artículo a sus propietarios.

Veamos cómo le fué en la última.

Una señora, campesina, nodriza y analfabeta, todo en una pieza, le salió al encuentro.

—¿Qué desea, joven caballero?

—Soy representante de algo muy útil, estudiando, colosal... La "Máquina Vibratoria Eléctrica" es uno de los grandes descubrimientos de este siglo, la octava maravilla de esta edad portentosa... No debe faltar en ningún hogar...

—No... no... no interesa...

—Permítame... Estimulando la circulación de la sangre por medio de sus benéficas chispas, convierte el organismo humano en un verdadero depósito de energía.

—No está mal... Y tal vez sirviera para curar el reuma de mi marido, pero ahora no podemos hacer ese gasto.

—Es baratito... Ya verá como me compran ustedes una máquina... Si quiere usted, puedo dar a su esposo un tratamiento gratuito para que pueda apreciar las excelencias del aparato.

—Sin compromiso, bueno... Pase, pase... ¡Tú, Cirilo, despierta, que aquí hay un joven caballero que te va a curar el reuma!

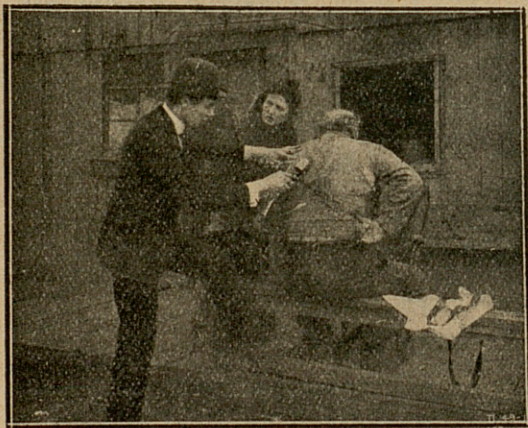
—¿Qué dices?

—Pase, pase, señorito... Y tú, Cirilo, presta atención a lo que te va a hacer este joven caballero. Dice que lleva una máquina que te puede devolver las energías... Te hará una prueba para que te convenzas... Gratis, todo gratis...

Si nos gusta el aparato, se lo podremos comprar, dice él.

—Yo ya desconfío de todo, joven. De modo que...

—Hágame el favor de prestarse a un ensayo y tengo la seguridad de que se quedan ustedes una máquina... ¿Tiene usted la amabili-



—Señora, mientras yo fricciono con el aparato la espalda de su marido, ¿quiere usted darle vueltas despacio a la manivela de la caja?

dad de sentarse en este banco? Así. Señora, mientras yo fricciono con el aparato la espalda de su marido, ¿quiere usted darle vueltas despacio a la manivela de la caja? Eco; muy bien;

así, despacio, siempre lento. De lo contrario, el aparato generaría demasiada electricidad.

—¿Qué cosquillas me hace usted, joven!

—¿Se va usted encontrando mejor, verdad?

—¡A ver si al fin encontraste lo que te cure, Cirilo!

Y la campesina, dejándose llevar del afán de que su marido recuperase el humor y vigor de antes, aumentó hasta el máximo la velocidad de las vueltas de la manivela, y el cambio, o sea la considerable dosis de electricidad que se descargó en la espalda del reumático, sacudió de tal forma su sistema nervioso, que, creyendo el ignorante que el "curandero ambulante" quería matarle, lo trató "con muy buenas formas".

Total: unas brutales amenazas y una demostración de su brutalidad dejándole la bicicleta... propia para comprarse otra. Sus "patas" la machacaron como si fuese uva en la prensa.

—¡Me he lucido! ¡Qué calamidad de gente! ¡No le comprenden a uno, y encima le perjudican! ¡Ah, si no fuera porque ese salvaje sería capaz de enterrarme en vida, le rompía ahora mismo las narices! ¡So animal!

Menos mal que, en medio de aquel desastre, tuvo Bill una idea consoladora: su tío Chet tenía un hotel en Rivera, a tres leguas de distancia.

Anduvo Bill esas tres leguas, y, ya en Rivera, tomó asiento en el coche que desde la estación conducía a los viajeros al hotel, denominado Jenkins y único en el pueblo.

Al lado de Bill sentóse una preciosa muchacha, Edith Mason, que muy bien podía llamarse Rosa Lozana.

El coche se llenó. Predominaban los viajeros de comercio.

Algunos de éstos se fijaron en la cara de Bill, embadurnada de grasa negra de la bicicleta, y la risita más o menos discreta corrió de labios en labios, llegando también a los de Edith.

Bill, advirtiéndole que era blanco de todas las miradas, tuvo la ocurrencia de reflejar su palmito en un espejo... y vió que era un "blanco negro". No era de extrañar la broma que hacían los viajeros a sus costas.

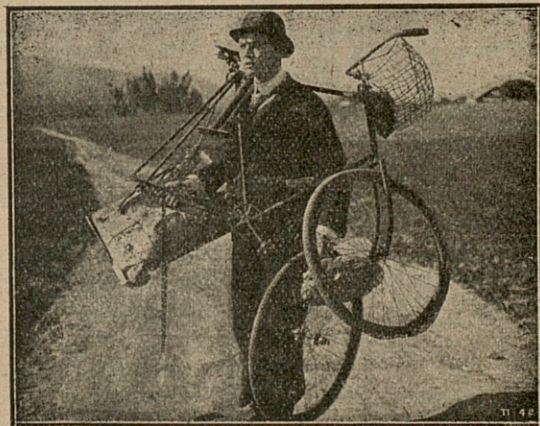
Bill pasó apuros para limpiarse, pues su pañuelo había sido sacrificado antes para lavarse las manos.

Edith, dispuesta piadosamente a ayudarle, le deslizó, a escondidas de los demás, uno de sus

cendales, y, agradecidísimo íntimamente, Bill limpióse con él.

Aquel incidente permitió a ambos jóvenes el entablar una agradable amistad.

En llegando al hotel, Bill, cuyos ojos se iban detrás de Edith, la detuvo en la escalera que conducía a las habitaciones, y le dijo, tímido y



—¡Ah, si no fuera porque ese salvaje sería capaz de enterrarme en vida, le rompía ahora mismo las narices!

sonriente:

—Le devolveré a usted su pañuelo... mañana.

Ella saludó graciosamente y se fué.

A Bill no le reconoció su tío Chet Jenkins hasta que él mismo se presentó:

—¿No te acuerdas de mí, tío Chet?... Soy Bill Henry.

—¡Cáscaras! ¡Pues es verdad! ¿De dónde sales tan empolvado?

—Me sucedió una calamidad, que luego te contaré. ¿Dónde está mi tía Catalina?

—Ahí dentro la tienes. Vamos a ver como la sorprende tu llegada. Y qué, ¿te quedarás con nosotros una temporada?

—Te diré, tío: no tendría inconveniente en trabajar contigo...

—Pasa adentro; ya hablaremos.

La tía Catalina recibió maternalmente a Bill, y éste se consideraba en su propia casa.

Hablóse, después de la comida, del deseo expresado por Bill de quedarse como empleado del hotel, y concertáronse las condiciones.

Por la noche, mientras la casa dormía, Bill, hombre de palabra, lavaba el pañuelo de Edith, costándole no poco trabajo dejarlo... un poco menos sucio que antes. Pero, al fin, a fuerza de enjabonar y restregar, el color de nieve del cendal se abrió paso entre la obscuridad.

Al día siguiente, Bill fué presentado por su tío Chet al viejo y antiguo empleado del hotel.

—Nat, voy a dejar que te vayas y Bill ocupará tu puesto—añadió el tío.

El concienzudo empleado entristeció al oír esas palabras. ¿Qué haría él sin el sueldo que percibía en el hotel!

Y se le soltaron algunas lágrimas.

Visto lo cual, Bill, muchacho de gran corazón, se apresuró a decir a su tío que renunciaba a su empleo puesto que se lo quitaba a Nat.

Entonces, soltando una carcajada llena de vida, el tío dijo a Nat:

—No es que te despida del empleo, hombre...; solamente quiero darte unas vacaciones... Hace nueve años que trabajas sin descanso.

—¡Ah!—exclamó Nat, agradecidísimo.

—¡Ah!—exclamó también Bill.

Y el empleado saliente y el empleado entrante se dieron la mano entre risotadas del tío Chet.

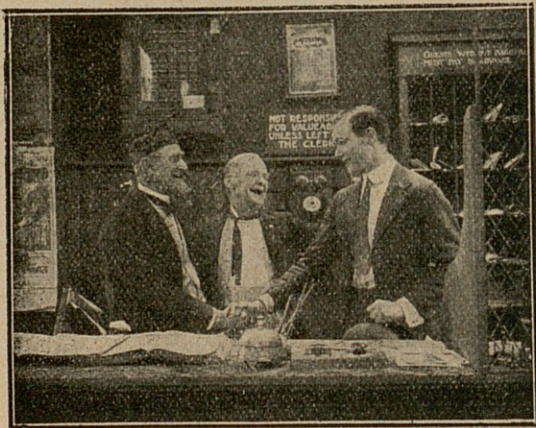
* * *

En seguida tomó Bill posesión de su cargo. No sabía perfectamente cómo se manejaba todo aquello, mas con la ayuda de su tío llegaría en pocos días a ponerse al corriente.

Nada como los incidentes o las tonterías que

un principiante comete, para llegar antes a la práctica. Así Bill, usando y abusando de un timbre inconscientemente, supo que en el hotel había cuatro negros y que cada uno de ellos tenía una llamada especial.

A poco de estar Bill detrás del mostrador del despacho del hotel, salió el sol, al aparecer



Y el empleado saliente y el empleado entrante se dieron la mano entre risotadas del tío Chet.

Edith, vestida de calle.

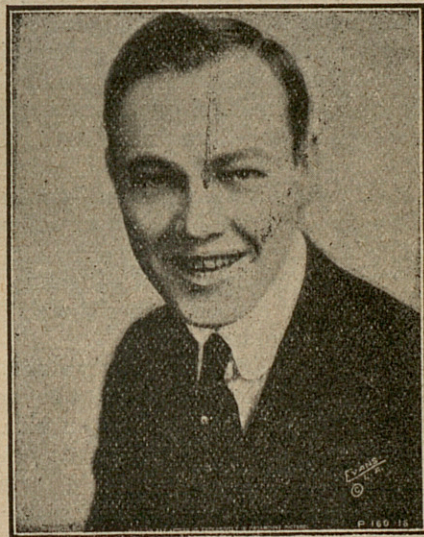
—Buenos días, señorita...

—Buenos los tenga usted, señor... ¿Es usted empleado del hotel?

—Sí, señorita... Soy sobrino de mi tío...

—¿Sabría usted, pues, indicarme dónde está el gabinete del abogado Rogers?

—¿Quiere usted esperarse un momento?... Oye, tío, esa señorita me pide la dirección de



En seguida tomó Bill posesión de su cargo.

un tal Rogers.

—Ya se la daré yo mismo a la señorita Edith, pero tienes que enterarte de las direcciones de nuestros principales vecinos y de todo lo que

se relacione con los negocios de este distrito.

—Sí, tío... lo haré.

Lástima grande era que no lo hubiera hecho antes, para poder atender... y retener a su lado un rato a Edith, a quien mandó un mudo saludo al marcharse ella del hotel hacia el gabinete del abogado del lugar.

Unos viajeros, de los que parecía jefe un muchacho muy bien puesto de carnes, dijeron a Bill, para ser más, si querría ir a jugar con ellos, aquella noche, una amistosa partida de poker.

—Puede que vaya... y gracias—contestó Bill.

Su tío, que sorprendió la conversación, le objetó, a solas:

—Que no te coja yo nunca jugando con los viajeros que se hospeden en el hotel.

—No pases cuidado, tío...

Por su lado, Edith se entrevistaba con el abogado Burton Rogers, sujeto que no había cometido ninguna bribonada en su vida... quizá porque no se le había presentado ocasión.

—Soy Edith Masson. Recibí su carta anunciándome que, abierto el testamento de mi tío, he sido por él nombrada única heredera de sus bienes que consisten en una finca.

—En efecto, señorita... ¿Acaso tiene usted intenciones de vivir en dicha finca?

—No; viviré en un pedacito y venderé el resto. Lo único que deseo es disponer de terreno suficiente para criar pollos, pavos... y sembrar legumbres.

—Pero, señorita, es que resulta imposible vivir en esos terrenos... Nadie querría comprarlos... Nadie los querría ni regalados si quiera.

—¿Por qué?

—No son más que un lago... La única manera de cosechar allí algo, sería en un bote... y nadando. Vea usted los planos.

—¡Y yo que me había figurado que iba a ser propietaria de una casita de campo muy mona! En fin, es preciso que venda esos terrenos, señor Rogers. Necesito dinero.

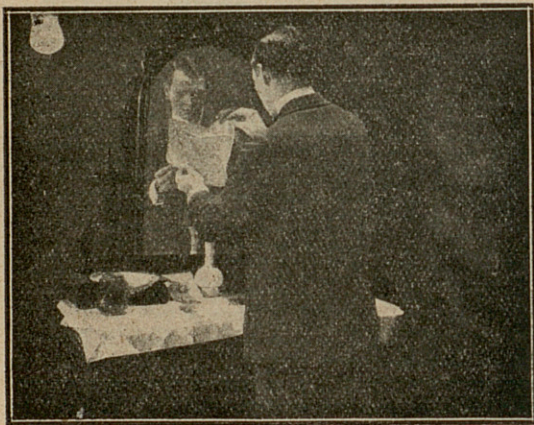
—Tenga usted la seguridad de que haré todo lo posible por venderlos, pero debo advertirle que esta empresa es poco menos que imposible.

Y Edith, desilusionada, regresó muy triste al hotel.

Al caer la noche, Edith, obligada a ello por su precaria situación, solicitó hablar con la tía Catalina, recibéndola ésta en una habitación particular de los bajos, junto al despacho.

Bill, ansioso de ver a Edith... y devolverle el pañuelo que se secaba pegado a la luna de una cómoda-tocador, rogó a un cliente que leía el periódico, que le hiciera el favor de tomar su puesto por un momento.

Aceptó aquél, Bill subió a su cuarto, despegó el pañuelo del espejo, y se dispuso a devolver-



...despegó el pañuelo del espejo, y se dispuso a devolverlo a Edith.

selo a Edith.

Se detuvo a la puerta de la pieza en que se hallaban la tía Catalina y la joven, y oyó, con pesar:

—He gastado el último dinero que me que-

daba en venir hasta aquí, y ahora el señor Rogers dice que mis terrenos no valen nada y que ni siquiera podré vivir en ellos. Usted dirá si debo marcharme... o si tendrán ustedes la bondad de atrasar el cobro de mi hospedaje hasta que mis terrenos sean vendidos.

—No llore usted... todo se arreglará.

Bill, queriendo ayudar a Edith, no vaciló en sacrificar el dinero de que era dueño, lo fué a buscar a su cuarto, lo puso en un sobre, y luego, muy sigilosamente, deslizó éste debajo de la puerta de la habitación de ella.

Pero Edith le sorprendió.

—¿Por qué dejó usted ahí este dinero? ¿Acaso se ha enterado de mi situación?

—No se enoje usted conmigo... Quería serle útil en algo.

—Estimo muy de veras su ofrecimiento, pero, naturalmente, no puedo aceptarlo. Si el señor Rogers encuentra alguna persona que quiera comprar ese terreno, todo se arreglará.

—Si yo pudiera hacer algún negocio con mi "Máquina Vibratoria Eléctrica", compraría ese terreno...

—¿Y... para qué querría usted comprar ese terreno?

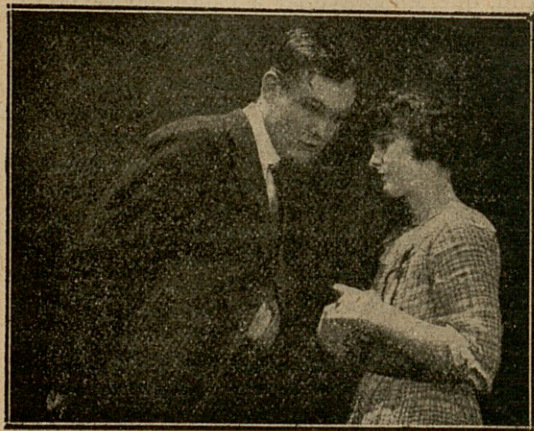
—Le diré a usted... Yo creo que todos debemos comprar un terreno en esta vida.

Edith comprendía... y como el arbolito teñía su carita de ángel... empujó la puerta de su cuarto y despidióse de Bill, quien se guardó el pañuelo para otra ocasión.

Bill iba a reintegrarse a su puesto de empleado, cuando el sonido de las fichas de los viajantes jugadores hízole concebir la esperanza de que la fortuna le fuera propicia y le permitiese ayudar a Edith.

Dicho y hecho.

Hora y media después, los billetes de Bill



—Si yo pudiera hacer algún negocio con mi “Máquina Vibratoria Eléctrica”, compraría ese terreno...

habían ido muy a menos.

Se presentó una gran jugada.

—Apuesto diez fichas más a mi mano—dijo

el viajante de peso a que en anteriores páginas nos hemos referido.

—Me dijo usted que cuando tuviera cinco cartas del mismo palo había que aceptar todas las apuestas, ¿no es cierto?—preguntóle Bill.

—Claro. Y añado otras diez fichas más... es decir, todo lo que se ve. Hagan ustedes apuestas...

—¡Caracoles! Este juego se está poniendo demasiado fuerte para mí y me parece que es mejor que me retire.

—Esta partida se debe terminar...

—Pues ya está. Enseñe su juego.

—Me parece, joven, que cuatro sietes valen más que cinco cartas del mismo palo...

—Indudablemente. Eso mismo estaba yo pensando. Y por eso pedí otras cartas... y me vinieron cuatro caballos.

¡Tableau!

Un viajante, entusiasmado por la buena sombra de Bill, se cayó de espaldas de tanto reír.

El “arruinado” tipo de peso se entregaba al diablo para sus adentros, y no pudo menos de decirle a Bill:

—¿Sabe usted que para ser de provincias juega usted al poker como si fuera un veterano?

—Le diré a usted...—respondió Bill, recogiendo el dinero de las apuestas—. Yo jugaba al poker con mi abuelo todas las noches, desde hace más de diez años...

—Ya, ya...

—Pero esta es la primera vez que juego

de veras... Generalmente jugábamos con garbanzos o habichuelas.

Más alegre que un cascabel, Bill, a la mañana siguiente, trasladóse al gabinete del abogado Rogers.

—Compraré la propiedad de Masson si está usted dispuesto a venderla por trescientos dólares.



—Pues aquí están los billetes. ¡Ah!, una advertencia: quiero que arregle usted las cosas de modo que la señorita Masson no se entere de quién ha sido el comprador.

lares.

—Aceptado.

—Pues aquí están los billetes. ¡Ah!, una advertencia: quiero que arregle usted las cosas

de manera que la señorita Masson no se entere de quién ha sido el comprador.

—Está bien. Haré la escritura y se la llevaré esta noche para que la firme.

Satisfecho de lo que acababa de hacer, volvió Bill al hotel.

En él encontró al cliente que tuvo la paciencia de tomar su puesto la víspera, quien le dijo:

—Voy a ausentarme de la población por dos o tres días. Si hay algún telegrama para mí, llámeme por teléfono a Dixon.

—Puede usted marcharse tranquilo...

El tío Chet, un poco receloso de su sobrino, encontró motivo de censura en su conducta:

—Parece que Burroughs y tú sois muy amigos de quienes nada sabes.

Por la tarde, Bill esperaba ver a Edith y leer en sus ojos la alegría que le produciría la noticia de la venta del terreno considerado invendible.

El tío Chet, observando de cerca a su sobrino, le encontró extraño, y participó a la tía Catalina sus temores:

—No sé qué tiene Bill... desde que llegó está inquieto y preocupado... ¿No preparará alguna picardía...?

—¡Bah! No digas eso, Chet... Bill es un buen muchacho.

Lo que Bill esperaba, al fin llegó.

—¿Ve usted, señor Bill? El señor Rogers vendió mis terrenos por trescientos dólares.

- ¡ Ah! ¿ sí? ¡ Cuánto me alegro!
 —Ahora mi situación es más clara...
 —¿ Se marchará usted de aquí pronto?
 —No me quedará mucho tiempo más... Mis
 medios no me lo permiten.
 —¡ Ahora que me acuerdo...! Aquí tiene us-
 ted su pañuelo... Mil gracias... Yo mismo lo



—¿ Se marchará usted de aquí pronto?

lavé.

- Está muy limpio... ¿ Por qué se molestó
 usted tanto?
 —Si no lo quiere... me lo quedo...
 —Si lo necesita usted...

—Lo llevo en este bolsillo, sobre este lado...
 el lado del corazón...

Ajeno a todo lo que no fuera Edith, Bill
 usó y abusó de nuevo del timbre eléctrico, con-
 gregándose, a causa de tantas llamadas como
 dió, los cuatro negros del hotel.

—Nada; nada... Fué una distracción...—ex-
 culpóse Bill.

Y uno de los africanos, que soñaba cosas
 blancas, dedicó interiormente un revoltijo de
 palabras al "despertador".

Después, el tío Chet en persona fué quien
 provocó la interrupción de la plática entre su
 sobrino y Edith.

En verdad, al aparecer el tío, Bill cogió unos
 libros a la par que Edith desaparecía por la es-
 calera.

Hacia la noche, llegó un telegrama para Bu-
 rroughs.

Cumpliendo lo convenido, Bill telefoneó a
 Dixon, a treinta millas de Rivera.

—Oiga... ¿ Es el señor Burroughs? He reci-
 bido un parte dirigido a su nombre.

—¿ Está usted solo? ¿ Nadie puede oírle?

—Estoy completamente tranquilo.

—Pues léamelo, haga el favor; en voz baja.
 por si acaso...

—Dice: "*Compre terrenos pantanosos de Ri-
 vera. Puede pagar hasta diez dólares el área.*
 Firmado: *Compañía General Arrocería.*"

—Muchas gracias, Bill. No debe usted decir
 a nadie una palabra de esto.

—Puede usted contar conmigo, señor Burroughs.

—Guarde ese telegrama... Llegaré mañana...

..

Bill no durmió aquella noche. Esperaba la vuelta de Burroughs. ¿Cómo no, si él, Bill, también era propietario de terrenos pantanosos por los que le pagaría aquél un dineral!

Veinticuatro horas más tarde llegó Burroughs al hotel.

—Hola, Bill. He aprovechado la jornada. Tengo una opción de compra en casi todos los terrenos pantanosos de Rivera y ya no me importa que lo sepa todo el mundo.

—Vaya, me alegro... ¿Y qué hay de los terrenos de la vieja casa de Masson?

—Ya sé... Ya los he visto... Son buenos... Esa es una de las propiedades que todavía no he podido comprar.

—¿Quiere usted conocer al propietario?

—Me interesaría mucho...

—Aquí está. Soy yo. ¿Se asombra usted? Nada más sencillo: compré este terreno con el dinero que gané jugando al poker.

—¡Le felicito, Bill! Si quiere usted venderlo, le pagaré a diez dólares el área, que es el precio máximo, como usted sabe.

—Hecho. Espere un poco, señor Burroughs. Voy a pedirle permiso para salir con usted a mi tío.

El tío Chet no pudo negarse a la petición de su sobrino; sin embargo, refunfuñó...

En casa del abogado.

—Voy a vender al señor Burroughs los terrenos que compré, y quiero que me haga usted el favor de extender la escritura.

Rogers creía soñar al oír que Bill cedía su propiedad a Burroughs en mil cuatrocientos dólares, o sea, realizando un beneficio sobre el precio de compra de mil cien dólares.

Y extendió la escritura.

—¿Tendrá usted inconveniente en pagarme en metálico?—preguntó Bill a Burroughs, por el infantil capricho de ver mucho dinero.

Burroughs fué al banco mientras el abogado arreglaba los papeles, y a poco entregaba a Bill mucha plata y varios fajos de billetes, con lo cual el muchacho se creía más rico que el primero.

Tan pronto estuvo en posesión de la escritura de traspaso de propiedad, Burroughs dejó a solas a Bill y Rogers.

El primero, dejando el dinero encima de la

mesa del segundo, dijo a éste con toda nobleza:

—Este dinero corresponde legítimamente a la señorita Edith Masson... De modo que haga usted el favor de decirle que forma parte de la herencia de su tío...

—No tenga cuidado... Yo me encargo de



...el muchacho se creía más rico que el primero.

todo.

—Dígaselo mañana mismo...

—Sin falta, vaya... Aquí tiene el recibo por la cantidad que me entrega.

—Gracias. Adiós.

Rogers, que no se había manchado nunca las manos porque no se le presentó ocasión propicia a ello, fué presa de un mal pensamiento del que sería víctima el "inofensivo" Bill.

Se entrevistó con Edith.

—Me parece que ya puedo decir a usted quién fué el que compró los terrenos: Bill Henry.

—¿El?... ¡Qué bueno es!, ¿verdad?

—Sí... Muy bueno; sobre todo como comerciante... sabía muy bien que el terreno valía un dineral y acaba de venderlo por mil cuatrocientos dólares. Fíese usted de los amigos.

—Debe estar usted equivocado. Ese joven es incapaz de hacer eso.

—Es la pura verdad y voy a contárselo a su tío.

—No, no... Hablemos antes...

—No tenemos que hablar más... Los hechos saltan a la vista... Ya veremos lo que opina su tío...

Muy a pesar suyo, Edith siguió a Rogers al interior del hotel para dar cuenta aquél al tío, de la supuesta conducta de Bill.

—Hola, señor Jenkins. Ese sobrino de usted es demasiado inteligente. Se lo vengo a decir, por si no lo sabía usted ya.

—¿Qué pasa?

—Por una parte—me lo ha confesado él mismo—, ha estado jugando al poker con los huéspedes del hotel, ganándoles el dinero... y, aprovechándose de que la señorita Masson tenía urgente necesidad de dinero, compró los terrenos de Masson por trescientos dólares y poco después los vendió por mil cuatrocientos, sabiendo, como sabía desde el primer momento, que dichos terrenos valían mucho más como arrozales.

Bill apareció en aquel momento.

Rogers se preparó para "aguantar el tipo".

—¿De modo que, como me temía, eres un pícaro, eh?—le preguntó a Bill el tío Chet.

—¿Yo?... ¿Por qué, tío?

—En primer lugar, has estado jugando al poker con mis clientes.

—Es cierto, tío, pero si lo hice fué por...

—No me digas más; de sobra conozco la razón.

—¡Ah!, ¿ya la sabes?

—¡Y pensar que compraste el único patrimonio de esta joven, casi regalado, y luego lo vendiste por mil cuatrocientos dólares!... ¡Bribonazo!

—¡Pero si di a Rogers todo el dinero para que se lo entregara a la señorita Masson!

Edith no acertaba a comprender... pero no podía dudar de la honradez de Bill.

El tío Chet, al contrario, seguía en sus trece de que su sobrino era un pájaro de cuenta.

Y Rogers, como era natural, se defendió:

—¡Qué dice este hombre! El único dinero que me entregó fueron los trescientos dólares y se los di inmediatamente a la señorita Masson.

—¡Cómo! ¿Afirma usted que no le entregué ayer mil cuatrocientos dólares para que se los diera a la señorita Masson?

—¡Ya lo creo que lo afirmo!... No me ha dado usted nada más que los trescientos dólares.

—¡Aquí tengo el recibo!

—¿Pero tú me tomas el poco pelo que me queda, Bill?—gruñó el tío—. ¡Si este recibo está en blanco!

—¡¡Qué!! ¡Ah, miserable!

—¡Eh, quieto!

—Sí, es verdad... No puedo defenderme por mí solo... Nadie me cree... Tome usted, tío, este dólar es para pagar un cristal que involuntariamente rompí y no tuve tiempo de cambiar... Y usted, señorita Edith, aquí tiene usted su pañuelo... Supongo que ahora no quedará que lo conserve.

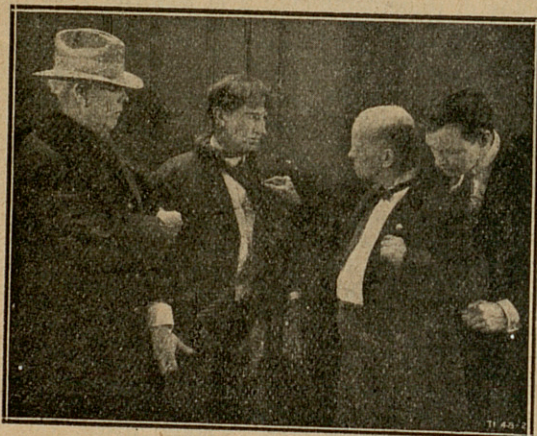
Edith tenía deseos de llorar. Era imposible, según ella, que Bill hubiese cometido aquella mala acción con ella.

Y Bill, decorazonado por la poca confianza

que le dispensaban su tío y aparentemente su tía y Edith, alejóse del hotel.

Mas he aquí que Edith, no escuchando más que la voz de su corazón, corrió detrás de Bill, y al alcanzarle le dijo:

—No creo ni una palabra de lo que dice Rogers... Vuelva usted y obliguele a decir la



El tío Chet, satisfecho del sobrino que tenía, arrancó del pecho de Rogers la insignia de la Junta de Defensa de Vecinos de Rivera...

verdad.

Esas palabras fueron un mandato supremo para Bill, quien, como un bólido, cayó sobre Rogers, dispuesto a que cantase la verdad.

Rogers luchó denodadamente en la habitación de Bill, donde ambos fueron a parar.

El amor dió fuerzas jamás sospechadas a Bill y, rendido en tierra Rogers, el vencedor recurrió a su "Máquina Vibratoria Eléctrica" para, descargándole un gran voltaje de electricidad por el cuerpo, obligarle, por el sufrimiento de la excitación nerviosa, a confesar su infamia.

El tío Chet, los criados y clientes del hotel, además de los curiosos de la calle, llamaban a la puerta de la habitación donde se efectuaba la lucha.

No pudiendo resistir más tiempo el dolor, Rogers se decidió a decir la verdad.

—¡Basta!... ¡Confesaré!

Y, delante de todos, se confesó culpable.

El tío Chet, satisfecho del sobrino que tenía, arrancó del pecho de Rogers la insignia de la Junta de Defensa de Vecinos de Rivera, que también él ostentaba, y lo mandó a la cárcel.

♦♦

Sobra todo comentario.

Después de lo relatado, ¿qué menos podía hacer el tío Chet que arrepentirse de haber

dudado de Bill y abrirle para siempre sus amantes y protectores brazos?

Cuanto a Edith, ¿qué otra cosa mejor que aislarse con Bill y pedirle con los ojos que olvidase lo sucedido?

Consecuencia de todo eso: un noviazgo.

—¡Te quiero, Edith de mi vida!

—Yo también, Bill adorado...

Apártense ustedes: es la comitiva de la boda que sale de la iglesia.

Las campanas repiquetea a gloria.

Los tíos Catalina y Chet han apadrinado a los contrayentes.

Todo es felicidad.

Y poco después, los novios, buscando reposo, huyen de los invitados, camino del paraíso...

FIN

Prohibida la reproducción

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
JACK PICKFORD*

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

TALLERES DE LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA - BARCELONA

PRÓXIMO NÚMERO:

La finísima novelita

¡Oh, mujeres, mujeres!

Protagonista: la encantadora

GRACE DARMOND

Excelente asunto

10 fotografías

Precio: 30 céntimos

Postal-obsequio:

LYA MARA

**LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA**

Sale todos los viernes en toda España.

NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Melghan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chiquilín	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	María Jacobini
6	Una niña a la moderna	Jaque Catelain
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Ginette Maddie
12	El ciclón	Rod La Rocque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Mentira amorosa	Lois Wilson
16	La Ciudad del Silencio	Charles Ray
17	La princesa de bronce	Enid Bennett
18	La chíspe	Jack Pickford

Números corrientes: Novela y postal - 30 céntimos

Números especiales: Novela y postal - 50 céntimos

